

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS  
(I PARTE) 09-01  
EL PADRE DEL CUCHILLO  
(I, Introducción, cc. 1-4)**

Emilio Sola  
[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 18/07/2023  
Número de páginas: 12  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

[www.miramistrabajos.com](http://www.miramistrabajos.com)



## EL PADRE DEL CUCHILLO, LAUARI BUJUDMI

### INTRODUCCIÓN:

Difícil encargo el recibido por este amanuense:  
enriquecer la historia del padre del cuchillo a partir de la aproximadamente  
veintena de hojas que otro amanuense dejara redactadas hace años  
y hoy conservadas en la biblioteca de don Borondón.

Escribo a raíz de la reunión de amanuenses en la isla de Patmos  
del año 36 de la gran guerra - como ahora se ha puesto de moda datar-  
y quiero comenzar por precisar que desde hace doce años nadie sabe nada  
de María de la Soledad Muñoz Dolores  
y de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo,  
así como que se cumplen ahora cinco años de la muerte de Antonio S.N.P.,  
Antonio el marinero. A pesar del tiempo transcurrido,  
no hay expedición al sur que no sueñe toparse con algún rastro de la ya  
-a pesar del tan reciente viaje- mítica pareja.

Pero el padre del cuchillo,  
en el caso muy improbable de que continuara con vida,

tendría hoy setenta y ocho años  
y María de la Soledad habría cumplido los setenta.

El relato de mi colega, a pesar de su excesiva brevedad, fue muy alabado en Patmos. No estaba presente, nadie sabía de él y, salvo dos que creían estar seguros de poder identificarle –un muchacho joven, dijeron que era, en el tiempo de redacción del texto, originario de la zona misma del chiringuito de Eulogio, en donde había sido muy activo durante su lanzamiento internacional como núcleo básico del naciente paraíso de las islas-, era un perfecto misterio para la asamblea de amanuenses.

Como el padre del cuchillo, como María de la Soledad Muñoz Dolores, como tantos otros, su huella se había perdido en las llanuras arenosas del sur.

Tal vez hubiera muerto, tal vez cambiado sin más de nombre o desaparecido. El departamento de informática no pudo colaborar en su localización; la última pista aceptable era su paso hacia el sur por la ciudad de los vientos, antigua Guajarán. Todos le consideramos, de mutuo acuerdo y aún a sabiendas de que no puede ser confirmada su muerte, un clásico. Creo que se lo merece.

1

**Aprendizaje del tacto y de la risa del niño Lauari Bujudmi,  
para todos hijo del carnicero de Delmonte, Busacram Bujudmi, en  
la ciudad de los vientos, antigua Güajarán**

En la ciudad de los vientos, antigua Güajarán,  
había transcurrido la infancia y primera juventud de Lauari Bujudmi,  
el padre del cuchillo.

Era por entonces la ciudad de los vientos  
uno de los centros de atracción más importantes del tramo de costa  
de la antigua Berbería que se extiende desde Tánger y el túnel de Gibraltar,  
por el oeste, hasta Al-Yesaer, la ciudad del puerto mayor e innumerables fábricas,  
la blanca y empinada Argel, por el este.

A la ciudad de los vientos acudía gente procedente del sur  
-hasta las tierras de los oasis de la actual gran muralla verde  
y mesetas pastorales y de nomadeo, tierras de Hamuines-,  
gentes procedentes del oeste -trabajadores rifeños, comerciantes  
de Tremecén y de Uxda, campesinos que abandonaban  
las ancestrales plantaciones de kif para hacerse fontaneros y albañiles en la ciudad-  
y del este, muchachos y muchachas del interior y de la costa a la búsqueda  
de la buena Fortuna. Por el norte, sur del mar,  
llegaban cada año numerosos navíos a la ciudad de los vientos  
y muchísima gente la transitaba en su paso hacia el sur. A causa de ello  
se había convertido la ciudad en uno de los centros más importantes de acogida  
de toda la antigua Berbería y en una de las clásicas salidas del interior,  
de la gran muralla verde y de los oasis meridionales, al mar.

Lauari Bujudmi no había nacido en la ciudad de los vientos sino más al sur,  
en una región agropastoral en donde en tiempos remotos había habitado  
un santón llamado Busacram -padre del ebrio o padre del borracho,  
padre de la ebriedad en fin -, cuya kuba de blanca cúpula se había convertido  
en centro de peregrinación famoso en la zona. Su padre, un próspero ganadero,  
había dado a su hijo mayor el nombre de Busacram en honor del morabito;  
y Busacram Bujudmi -padre del ebrio, el del cuchillo, más o menos  
querría decir su nombre-, de gran fortaleza física y espíritu aventurero e inquieto,  
había sido, en realidad, el educador de su hermano Lauari.

Casado con una hermosa prima suya de la ciudad de los vientos, Jera,  
allí se había instalado como carnicero y había hecho fortuna

comercializando en la ciudad el ganado paterno. Pero su mujer Jera no había podido darle un hijo a pesar de los múltiples conjuros y tratamientos médicos que tanto ella como su marido habían ensayado y a los que habían consentido someterse con fe ciega; cuando se convencieron de que la esterilidad era mutua, a pesar del gran amor que se tenían -realidad para ellos incomprensible y que atribuyeron a alguna maldición o a algún hechizo, aunque era, al parecer, una simple cuestión de Rh negativo en la sangre de ambos-, decidieron traerse consigo a la ciudad de los vientos al último de los doce hijos del padre ganadero, Lauari, recién nacido y así nombrado en honor del más antiguo y famoso santón de la antigua Güajarán.

Fue así como Lauari Bujudmi creció en la ciudad de los vientos con el convencimiento de que su hermano Busacram y su cuñada Jera eran en realidad sus padres. Y en los barrios de Delmonte y Tirigó -palabra que deformaba el nombre de un antiguo escritor francés, Víctor Hugo, hasta hacerlo irreconocible, testimonial herencia de uno de los periodos oscuros de dominación extranjera en la historia de la ciudad-, en aquellos dos barrios, escenario de sus juegos felices de la infancia, todos le tenían por el hijo mimado y único de aquella apacible y próspera pareja, el hijo del carnicero.

Los viajes anuales con sus padres adoptivos, normalmente por mar y a Alicante, Barcelona, Palma, Marsella, Génova o Nápoles, tal vez influyeran en la temprana inclinación marinera de Lauari Bujudmi; o la omnipresencia del mar, meta de la mayoría de sus breves excursiones infantiles. Desde muy niño, con sus compañeros de Delmonte y Tirigó, de mayo a noviembre y en los veranillos de por febrero, se escapaba casi a diario a la Cueva del Agua, pequeño embarcadero de chinchorros de pescadores a la salida del gran puerto de la ciudad de los vientos; allí se bañaban y pescaban en lo que llamaban el Pedregal, y en las rocas cercanas a las que todos conocían por su nombre exacto: Pico Martillo, Las Farolas, Peña Blanca, Cabo Ruso, Roca Plana, Montecristo... Toda una geografía sentimental.

Los cuerpos desnudos o con taparrabos variopintos e imaginativos de aquella chiquillería bulliciosa, infatigable en el saltar de roca en roca, zambullirse, nadar, reír, pelear en broma o veras, aquellos cuerpos cada vez más color de tierra ocre como la de los campos preparados para el cultivo o la de los descampados, aquella insaciable de luz explosión de la vida a la orilla del mar irrepetible y -¡santo cielo!- repetible y repetida cada día y cada estación renovada y renovable -¡santo cielo!-, imposible de olvidar, los primeros cigarrillos de hachís o de kif a mediodía y junto al mar, las risas y la luz, la luz, el mar... Aquel aprendizaje del tacto y de la risa, del dulce estar, de la caricia del agua, del cuerpo y de sus pliegues

exteriores y articulaciones principales -¡santo cielo!-,  
de la luz que de tanta revierte hacia el azul...

Este amanuense pide disculpas: siente unos irrefrenables deseos de llorar.  
Nostalgia del mar y de los juegos a su orilla.

Vale.

## 2

### Primer viaje por mar en el *Un león y una fénix*, del capitán Mengano, y retorno triste en el *Fortuna*, del capitán Andrea

Fue por entonces -poco más de trece años tendría Lauari Bujudmi- cuando el chiquillo y dos de sus amigos de Delmonte y Tirigó casi llevan a buen fin la primera escapada en barco como polizones.

Escondidos en un armario de los camarotes de popa de una nave italiana rumbo a Nápoles y no descubiertos por los marineros hasta mediada la travesía, en alta mar -tenían hambre y sortearon entre los tres quién debía aventurarse hasta las cocinas, y le tocó a Lauari Bujudmi y el cocinero le pilló con las manos en el pollo frito y el pan-, fue un viaje de ida y vuelta simple sin siquiera poder descender a tierra en el puerto italiano.

--Estos se te escabullen de entre los dedos de las manos como pececillos o como lagartijas - había comentado el capitán del barco veneciano *Un león y una fénix*, que se llamaba Francesco Mengano, un señor de breve barba roja entrecana, mirada brillante y gesto duro de talla de madera cuando serio, sonrisa casi bondadosa sin embargo, a quien le había caído en gracia la osadía de los tres chiquillos y había ordenado que se les tratase bien, se les diera de comer y se les enseñara el barco de cubierta a bodegas y salas de máquinas, de proa a popa y todo lo que se les ocurriese querer ver.

--Contrátenos usted como marineros, capitán -le había llegado a suplicar, en nombre de los tres, Lauari Bujudmi, pero el capitán Mengano se había limitado a sonreír, cara de palo colorado humanizado, le había removido los rizos negrísimos con su mano, había musitado "bambini", como para sí, y había pasado a responder cuantas preguntas quisieron sobre geografía del mar en el gran mapa de su camarote de capitán.

La nave veneciana, de dorada proa, era muy veloz

y el capitán Mengano un buen capitán: en poco más de tres días arribaron a Nápoles, travesía en mar tranquila de finales de la primavera. La escala en el puerto napolitano de la nao *Un león y una fénix* fue breve, lo justo para carga y descarga y para negociar la vuelta de los tres chavales a la ciudad de los vientos.

--Contrátame como grumete, capitán Mengano -insistía Lauari Bujudmi cada vez que se lo topaba por cubierta, y al italiano le emocionaba la expresión ansiosa del rostro de futuro marinero del chaval. Pero no cedía a sus ruegos.

--Volved a la ciudad de los vientos. Algún día nos reencontraremos en algún puerto. -Y alejándose:- Es pronto para ti, muchacho.

No había solución. La primera noche en dársena los tres chavales intentaron una fuga, pero la guardia -ya había sido advertida por el capitán Mengano de esta posibilidad- les sorprendió y los encerraron en bodega. Por la mañana el capitán, tras una temprana visita a la aduana, los reunió y les habló:

--Os he tratado bien, como polizones de *Un león y una fénix*, porque sé que lo vuestro no es más que una travesura de chico que ama la mar. Yo viví en mi niñez una aventura pareja a la vuestra; a aquel capitán, Pietro Rua, nunca le podré olvidar... -Hizo una breve pausa; los tres chicos se mostraban sombríos-. Volveréis a la ciudad de los vientos en la nave napolitana *Fortuna*, con el capitán Andrea, amigo mío. Y quiero que tú, Lauari Bujudmi, lleves conmigo mi dirección; si un día te haces a la mar, ya hombre, puedes buscarme y contar conmigo. Es todo.

El capitán Francesco Mengano, cara de madera roja, se despidió con un apretón de manos a cada uno y ordenó a dos marineros que trasladaran al *Fortuna* a los chicos en una falúa allí dispuesta para ello. En aquella ceremonial barquita, pintada de blanco y oro, se sintieron personas importantes; pero a Lauari Bujudmi se le saltaron las lágrimas.

--¡Suppi, los italianos! -y dio un puñetazo en la barandilla izquierda, de babor, en donde se había instalado.

El regreso a casa en el *Fortuna* fue mucho menos amable. El tiempo menos bonancible, el capitán Andrea -cejijunto y poco hablador- menos simpático que el capitán Mengano, la marinería, malencarada y bronca, los consideraba más como un estorbo inoportuno que como una gracia. Sucio y malhablado, el cocinero no les proporcionaba sino lo justo para no morir de hambre o sed. Incluso por las noches tenían que ingeniárselas para dormir en lugares escondidos e insólitos porque temían que alguno de aquellos marineros fuera bujarrón y quisiera enricularles. Para colmo, la travesía duró una semana. Sólo un viejo marinero tunecino, Sofien se llamaba,

fue algo amable con ellos y al caer la tarde les narraba historias de la mar mientras tomaban te, de un termo que el viejo llevaba siempre consigo atado a la cintura como una cantimplora. Cuentos de Simbad el Marinero, de Marco Polo por tierras de Asia, del dey de Argel Hasán el Veneciano, de Cristóforo Colombo y de Hernando Cortés por tierras americanas, del bajá Yaudar que llegara a Tombuctú atravesando el Sahara, de Diego Coes... El viejo Sofien les hizo llevadero, y hasta dichoso en ocasiones con sus historias, aquel viaje primero de regreso y derrota que tan bien hubieran iniciado con *Un león y una fénix* del capitán Mengano.

### 3

## Estancia de Lauari Bujudmi en un pueblo del interior, con la historia de Alí el loco

Al regreso de aquella escapada en barco, el hermano de Lauari Bujudmi, Busacram Bujudmi -a quien Lauari seguía considerando padre suyo: hasta bastante después de su muerte no había de enterarse el chico de aquel juego familiar tan intrincado- le envió al sur, a la región de origen, a casa de quien para el chico era su abuelo -padre en realidad-, un poco como castigo y otro poco para alejar al muchacho de aquella permanente tentación de viaje que era el mar.

Y fue así como el muchachito Lauari conoció el ancho llano, estepas áridas anuncio del gran Sahara, desde entonces para él y para siempre el "otro" mar.

Este episodio de la juventud del futuro padre del cuchillo fue breve. Llegado del norte, de la costa abierta al mundo, el chico era un ciudadano o un forastero; "barrani" le dijeron durante un tiempo los chicos de su edad, y a él le molestaba, reaccionaba con violencia y había pelea.

En la casa paterna las relaciones con los que él consideraba tíos y primos -sobrinos y hermanos, en realidad- estaban marcadas también por la incomprensión y la rebeldía del recién llegado contra las normas de la vida cotidiana en aquel poblachón agrícola y ganadero. Extrañaba al chico la poca presencia de la mujer fuera del recinto cerrado de la casa. No comprendía por qué sus primas no querían acompañarle en los juegos en la plaza y en las calles, después de la escuela, y en las pocas ocasiones en las que consiguió que su prima Fatema le secundara sufrió las ironías de sus compañeros y las reprimendas familiares a la vuelta a casa.



--Sois unos paletos de mierda -solía decir en esas ocasiones; los otros, más que como insulto, se lo tomaban a risa.

Era Fatema Bujudmi la hija del que Lauari creía su tío paterno, en realidad su hermano segundo, una chiquilla casi de su misma edad, larguirucha y despierta, enredadora en la escuela aunque buena alumna y buena estudiante, con frecuencia enfrentada con los grupos de chicos en defensa de sus compañeras más jóvenes o más tímidas, una auténtica diablilla traviesa aunque muy querida por todos. Lauari y Fatema, después de un par de semanas de estudiarse mutuamente a raíz de la llegada del chico a la casa, habían intimado, la muchacha insaciable de historias de la costa y del mar, soñadora de viajes lejos de aquel, para ella, monótono sur. Con su prima Fatema -en realidad sobrina- había de emprender el muchacho su segundo viaje de huída cuando la situación en el pueblo se le hizo insostenible.

A la salida del pueblo, a medio camino de la kuba de blanca cúpula del santón Busacram, en lo alto de un cerrillo testigo que dominaba el llano, había una casucha destartada y solitaria rodeada de chumberas de paletones desmesurados y polvorientos, acacias de durísima madera, matorrales caóticos y tramos de vallado o cerca hechos de materiales de ocasión, hojalata procedente de botes o bidones de aceite o lubricantes diversos o alquitrán o restos de cajas de madera que habían servido en su día de envases de te chino, o materiales de cuando las obras de un tramo cercano de carretera para las cuales había habido que volar amplios desmontes y que conservaban incluso inscripciones hechas con estarcidos -"peso neto 39 Kg. peso bruto 49 Kg. No emplear en ambientes grisusos. Tratar con cuidado. No transportar ni almacenar con explosivos. 200 detonadores eléctricos microretardos 20 mts. no. Ampliamente insensibles. Cápsula de aluminio", decía una de ellas, una inscripción que a la chavalería siempre había fascinado-, por ejemplo, y en aquella casucha habitaba un personaje solitario y huraño, de vida singular, al que llamaban Ali el Loco.

Fatema Bujudmi recordaba haber escuchado un día la historia de Ali el Loco de boca de su abuela, una noche de Ramadán. Hijo único de un pastor muy pobre que cuidaba los rebaños de varios ganaderos del pueblo, Ali había tenido una niñez difícil y de poca escuela, pastor ocasional con su padre, buscón de hierbas medicinales y aromáticas con su madre o de leña por los alrededores del pueblo. Buen tañedor de flauta y de buen talle y rostro, a la muerte temprana de su padre vivió un tiempo con su madre viuda en aquella casa realizando los mismos trabajos que su padre había ejecutado en vida, bien tratado y considerado por los ricos del lugar que cada año le hacían regalos especiales por la fiesta mayor. Pero un día comenzó a correr el rumor de que el joven Ali se había enamorado de la hija de uno de aquellos ricos ganaderos -muchacha también muy joven y famosa por su belleza

a pesar de que muy pocos la habían visto salvo mujeres amigas de la familia y en el baño-, y que la muchacha, de alguna manera, le correspondía.

Las noches de luna nueva y de luna llena, el pastor Ali se las pasaba en tañer su flauta bajo una higuera cercana a la alta tapia, una de las últimas del pueblo en dirección a su casucha, tras la que la hija del rico ganadero se consumía de amor. Nadie supo si llegó a haber otro tipo de comunicación entre los dos jóvenes. Enterado el padre de la muchacha de los rumores de aquella posibilidad, había enviado a ésta a la ciudad de los vientos a casa de unos familiares y, al parecer, había arreglado su boda con un primo lejano médico. Cuando la madre del pastor murió, poco después de que aquello sucediera, y después de cuarenta días de luto, Ali abandonó el pueblo sin despedirse de nadie.

Había guerras lejanas por entonces, en otros continentes, y en ellas debió de consumir su juventud porque al cabo de muchos años volvió, muy envejecido, acompañado de una muchacha que nadie supo nunca si era su esposa o su hija, de rasgos orientales, decían que vietnamita -aunque pocos pudieran afirmar con certeza a qué lugar geográfico exacto correspondía aquella palabra-, que a los pocos meses de su llegada al pueblo había enloquecido y habían tenido que llevarla al hospital de locos, de la ciudad de los vientos, en donde había muerto.

Desde ese día, no hacía demasiado tiempo según la abuela le había contado a Fatema Bujudmi, Ali vivía retirado en su casuca, pocas veces aparecía por el pueblo si no era muy temprano en el día y para hacer algunas compras, con nadie se trataba y todos se referían a él como Ali el Loco.

## 4

### La aventura con la borriquilla blanca de Ali y su lamentable final

Aquella higuera a medio camino entre las últimas tapias del pueblo y la casa de Ali el Loco era, con frecuencia, lugar de reunión de la chavalería al atardecer. Allí fumaban de vez en cuando cigarrillos de hachís o, más raramente, bebían alguna botella de vino que alguien hubiera traído de la ciudad o comprado con el mayor sigilo en el único bar que había en el poblachón, preferentemente los miércoles en los que se celebraba velada musical de casamiento. Allí se narraban historias de viajes y de aventuras lejanas, o historias antiguas de sucesos locales, y aquel era también punto de partida de juegos colectivos de búsqueda y persecución que los llevaban lejos, hasta la kuba del marabú Busacram o a los opuestos confines del pueblo.

Algunos recordaban una vez en que uno de los chicos más mayores, que ya no estaba en el lugar, había convencido a una de las putas del burdel para acudir por la noche a la higuera y allí habían follado uno tras otro hasta diecinueve chavales, para algunos el primer polvo de su vida; pero la chica había terminado tan maltratada y exhausta que, muy seguramente, habría advertido a sus compañeras porque nunca, desde entonces, pudieron repetir la experiencia aunque más de uno lo había intentado.

Un año largo después de haber llegado al pueblo Lauari Bujudmi, ya desde hacía algunos meses admitido en las reuniones del atardecer bajo la higuera -en donde había sido protagonista principal varias veces con sus historias de la costa y el viaje en barco que le había llevado casi a pasear por Nápoles-, uno de los chavales mayores, todo un mozarro ya, llegó con una propuesta de aventura que a todos fascinó.

--Ali el Loco tiene una borriquilla blanca --comenzó el informante, y muchos ya lo sabían--. He descubierto que estas noches, con el calor, la deja atada cerca del pozo...

Aunque no sabían bien qué se podía hacer con la borriquilla blanca de Ali el Loco, todos escuchaban anhelantes.

--Hay un acceso fácil por el vallado... --concluyó el chaval, en el aire el misterio de sus palabras sazonado de picardía por el brillo alegre de sus ojos-. Quien quiera, que me siga.

Cuatro fueron los decididos expedicionarios al encuentro de la borriquilla blanca del Loco, uno de ellos Lauari. La noche, recién pasada la luna nueva, era propicia por su oscuridad. El grandullón, al frente del grupo, les comentó que Ali el Loco nunca había tenido perro -en aquel pueblo era animal muy escaso y los pocos que había eran poco queridos-, que podían actuar con entera impunidad. Cerca de la casucha gatearon y reptaron hasta el paso en la cerca, que el guía conocía, y penetraron con facilidad por detrás del pozo. A la borriquilla, inquieta en un primer momento, la calmó el muchacho mayor con caricias en el cuello y lomo, sus tres compañeros acurrucados detrás del brocal observándole hacer.

--¡Eh, vosotros! ¡Venid acá! -y Lauari y los otros dos se acercaron sigilosos-. Tú, sujétale la cabeza sin hacerle daño, pero firme; vosotros dos poneros uno a cada lado y sujetádmela por el lomo y la panza.

--Pero, ¿qué le vas a hacer? -preguntó Lauari, aunque obediente a las órdenes, algo inquieto.

--Ni daño ni nada malo, no te preocupes.

El mozarro se subió al brocal del pozo, se bajó los pantalones a medio muslo, se abrazó a las ancas de la borrica y en menos de un minuto terminó.

--¡Esto es joder chavales! ¡Suppi, qué caliente estaba y qué bien me quedé! -y el chaval sonreía radiante, se apretaba de nuevo el cinturón y le daba una palmada en el hombro a Lauari-. Pasa tú ahora.

La borrica blanca, algo inquieta en un primer momento, se había dejado hacer luego. Lauari Bujudmi había dudado pero, ante las miradas de los otros, expectantes, repitió la operación de su compañero. Luego pasaron los otros dos y, de nuevo, el jefe-guía inventor o promotor de la aventura. Lejos se oía, de vez en cuando, la flauta de Ali el Loco.

Sabían que hasta casi la media noche estaría en lo alto de la colina de la kuba del marabú Busacram convirtiendo sus recuerdos y ensoñaciones en dulce música, ellos a seguro con la borriquilla blanca.

Tres noches más repitieron la expedición, pero cada una de ellas con mucha más gente y ruido. La borriquilla blanca se había convertido en una verdadera novia del grupo. Ali el Loco algo había debido de notar de anormal; a la cuarta expedición –le habían visto salir de la casa a la hora habitual, ascender hasta la kuba del marabú, habían oído la flauta lejana, pero no habían podido adivinar que todo estaba calculado por el dueño de la casa, que con una manta había apagado, o ahogado, mejor, el tono alto de la música de su flauta para que creyeran que venía de lejos y que en realidad estaba de vuelta en su casa antes de lo habitual, en guardia con una gran estaca preparada- apareció de súbito Ali el Loco en el rincón del pozo y arremetió, entre insultos, contra todos.

--¡Hijos del diablo! ¡Hijos de puta! ¡Ladrones de mi honra y casa!  
¡Iros a follar a vuestra madre!

La chavalería consiguió zafarse como pudo y en el más completo desorden, pero el Loco alcanzó a dos de los al menos siete que aquella noche habían acudido a la peculiar cita amorosa, uno de ellos Lauari Bujudmi, un hematoma hinchado y enrojecido en plena frente. Aquella misma noche y al día siguiente, en el pueblo, Ali el Loco montó un escándalo, encolerizado como nunca nadie le había visto. La noticia, entre risas y enfados, corrió de boca en boca y fue la comidilla de las casas y los cafés.

--¡Cosas de chicos! --disculpaba alguno.

--¡El diablo del Bujudmi venido del norte, de la costa! --protestaban otros.

Y desde aquella aventura malhadada al chico se le hizo más difícil la vida en el poblachón de la estepa.